

pasado y presente en la evangelización de Africa

Las estadísticas que marcan el avance del cristianismo en Africa desbordan constantemente sus propias cifras. En 1912, dos millones cien mil católicos. En 1927, cuatro millones y medio. En 1955, diez millones y medio. En 1965, treinta millones. En 1973 superan los cuarenta y dos millones. El número de obispos, que en un principio era mínimo, está creciendo virtiginosamente en los últimos años. Hoy se acercan a los 200.

Africa ha absorbido la mayor parte de las fuerzas misioneras de la Iglesia y, a simple vista, el esfuerzo parece que ha sido ampliamente recompensado. En efecto, la Iglesia está hoy presente en Africa con una presencia numérica importante y con una significatividad más importante todavía.

Ello no significa que todo allí marche con absoluta normalidad y que sea suficiente dejarse llevar por el ritmo actual, para arribar un día a un Africa completamente cristiana. De las 860 tribus que hay actualmente en el continente, 236 no han sido en absoluto evangelizadas; otras 213 están fuertemente islamizadas y su evangelización

es, por el momento, imposible. Solo 411 han sido parcial o totalmente evangelizadas.

Pero quizá los problemas mayores se presentan hoy dentro de la misma cristiandad africana. Algunos de ellos provienen de la rápida difusión del cristianismo; otros del cambio de la situación político-social; otros de la dinámica interna de la vivencia cristiana. Todos ellos pueden comprometer la buena marcha del evangelio y requieren una solución pronta y audaz. En este breve trabajo, partiendo de una somera visión del pasado, se apuntarán algunos de esos problemas y también algunas líneas de orientación general. No siempre valdrán para resolver una situación concreta, ni responderán a la experiencia de muchos misioneros, los cuales pueden muy bien opinar lo contrario.

I. EL PASADO DE LA EVANGELIZACIÓN DE AFRICA

El actual esfuerzo de evangelización del continente africano no es el primero. Otros dos intentos se llevaron a cabo para su cristia-

nización, ninguno de los cuales fue coronado con el éxito. Al menos esto es lo que se puede decir desde un punto de vista puramente humano.

Primer intento: los primeros siglos

La estrecha relación de Egipto con Palestina fue la causa de que el cristianismo se propagara rápidamente por las ciudades del norte de Africa, especialmente en Alejandría y en la zona más occidental de Cartago. En los escritos del catequista Clemente de Alejandría late un cristianismo extremadamente vivo, que estaba destinado a producir una pléyade de mártires, de santos y de teólogos. Tertuliano, Orígenes, Cipriano, Cirilo, Atanasio... son nombres suficientemente significativos. Fue un Africano, Agustín, quien marcó con rasgos indelebles la faz del cristianismo occidental.

En el siglo IV se había iniciado ya la evangelización de Abisinia y en el siglo V quedaban en Egipto sólo unos restos de paganismo. Agustín escribía: "Quedan entre nosotros (en Africa) innumerables pueblos bárbaros a los que no ha sido anunciada todavía la Buena Nueva del Evangelio... Pero todos entrarán un día en la Iglesia". Por desgracia, estos pronósticos de Agustín no iban a tener un cumplimiento tan rápido como él preveía. Los cismas, las herejías y el relajamiento moral debilitaron las energías de la Iglesia. Esta tendió a edificarse con dos tipos concretos de sociedad: la latina de Roma y la griega de Bizancio. La actitud nacionalista del pueblo y su aversión al dominio político de estas dos sociedades, tuvo como consecuencia el rechazo de la Iglesia oficial y la expectación de cualquier oportunidad de revancha. La adhesión al monofisismo en Egipto y al donatismo en Numidia tuvo

un carácter más político que religioso.

Cuando en el siglo VII llegó el Islam, no le fue difícil barrer lo poco que quedaba de aquella cristiandad sin empuje. Los que eran menos en número y menos en cultura, absorbieron a los que eran más. Y lo que no fueron capaces de hacer los cristianos en seis siglos, penetrar y extenderse al sur del Sahara, lo hicieron los musulmanes, que durante la Edad Media fueron haciendo surgir al sur del desierto los imperios islámicos del Ghana, Malí y Shonghai, mientras al Este extendían su influencia a lo largo de toda la costa hasta Mozambique.

Segundo intento: los siglos XVI y XVII

Hubieron de pasar casi diez siglos para que Africa tuviera otra oportunidad de encontrarse con el cristianismo. Fue ésta a finales del siglo XV. La primera expedición partió de Portugal en 1490 con destino al floreciente reino del Congo. Su rey, Alfonso Nzinga (1505-1545), no sólo se hizo bautizar, sino que se convirtió en uno de los principales propagadores de la nueva religión. El mismo predicaba y era muy versado en las sagradas Escrituras. Varios príncipes negros fueron enviados a las Universidades de Portugal y ordenados de sacerdotes. Entre ellos se encontraba D. Enrique, hijo del rey, que en 1518 fue consagrado Obispo.

Todo este brillante comienzo no dió los resultados apetecidos. D. Enrique no pasó de ser un mero capellán de la corte. En 1545 murió D. Alfonso y su muerte fue también la agonía de la misión. Posteriormente fueron enviadas al Congo diversas expediciones de jesuitas y capuchinos, que trabajaron con auténtico celo y dedicación. En 1624 publicaron un catecismo en kikongo y otro en kimbundu. En

1659 editaban la primera gramática bantú. Pero el clima, las irregularidades del relevo y las dificultades de todo tipo pudieron más que aquellos esforzados misioneros. A fines del siglo XVIII el cristianismo era algo completamente insignificante.

Intentos parecidos llevaron a cabo en otros lugares. Los libros parroquiales de Sena y Tete, en Mozambique, arrojan en 1591 un balance de veinte mil bautizados. Generalmente estos intentos se realizaban al amparo de los navegantes portugueses. Semejante tutelaje explica también el fracaso. El cristianismo era identificado por los africanos con la colonización e incluso con la trata de esclavos. En Mombasa (Kenia), el fortín donde éstos eran reunidos para su ulterior deportación a Portugal o a los mercados del Mar Rojo se llamaba "Fuerte Jesús". Evidentemente los africanos no podían amar a un Jesús en nombre del cual se les vendía como esclavos.

Además, los métodos de los misioneros, a pesar de su heroísmo y entrega a toda prueba, adolecieron de un importante defecto: la escasa preocupación por la formación de un clero nativo y de comunidades autosuficientes. Cuando en Europa los aires de la revolución francesa disiparon el fervor misionero de la Iglesia y el relevo de los misioneros se hizo imposible, todo se desmoronó. "En 1800 —escribe el P. Hastings— como en 1500, la Iglesia africana tenía sus ruínas, sus memorias y sus santos canonizados, pero ¿dónde estaban sus miembros vivos?"

Tercer intento: siglos XIX y XX

Cuando todos los vestigios del anterior intento de evangelización estaban prácticamente borrados, surgió el último y gran esfuerzo

que llega hasta nuestros días. Por una parte, la Iglesia, desde Gregorio XVI (1831-1846), meditó con nuevo ardor sobre sus deberes misionales. Por otra, la batalla contra la esclavitud, la explotación y la ocupación de Africa por las principales potencias europeas polarizaron los intereses sobre el continente negro. No sólo las antiguas órdenes, muchos de cuyos miembros habían quedado sepultados en las ruínas del segundo período, volvieron a sus puestos de trabajo, sino que surgieron nuevas Congregaciones específicamente dedicadas a la evangelización de Africa. Estas volcaron sobre el Continente sus primeros entusiasmos.

Franz Libermann fundó en 1841 la Compañía de los Misioneros del Santísimo Corazón de María, que después se uniría a los recién fundados Misioneros del Espíritu Santo. Quince años más tarde, el Obispo Marión de Bresillac creaba en Lyon la "Sociedad de Misiones Africanas". Otros obispo, y más tarde cardenal Lavigerie, puso en 1868 los cimientos de la "Sociedad de los Misioneros de Africa", más conocidos por el nombre de Padres Blancos. En 1863 fundaba Daniel Comboni, más tarde obispo del inmenso vicariato de Africa Central, un seminario para las misiones del Sudán de donde, años después, surgiría el Instituto de los Misioneros Combonianos.

Con estas nuevas fuerzas, Africa fue abordada por los cuatro costados. Son tiempos heroicos. Enfermedades, escasez de medios, muerte prematura, es la atmósfera en que se mueven. El índice de mortandad entre los misioneros del Espíritu Santo ofrece el siguiente panorama: los doce primeros, hasta 1850, alcanzaron un promedio de treinta años y dos meses de vida. Los 104 misioneros entre 1850 y 1870, un promedio de treinta y tres años. Los 559 entre 1870 y 1890,

un promedio de treinta y nueve años.

Los métodos de evangelización

En este largo período que va desde el resurgimiento misional de mediados del siglo pasado hasta nuestros días, los métodos de evangelización han ido variando según las condiciones sociopolíticas exteriores y según las exigencias de la propia experiencia misional. Con el P. F. González, podemos distinguir, según los métodos, tres períodos.

a) *Período de la costa.* Abarca desde 1840 a 1880. Los misioneros eran pocos y trabajaban principalmente en la costa, comprometidos en la lucha antiesclavista. En varias lenguas africanas el vocablo que traduce la palabra "redención" es el mismo que se emplea para designar la liberación de los esclavos. Tanto en Oriente como en Occidente, las primeras comunidades cristianas estaban formadas por esclavos liberados o por gente desarraigada, los cuales constituían una especie de "reducciones" alrededor de la misión. Pronto se advirtió el peligro de semejante táctica, que convertía a la Iglesia en un ghetto cerrado sin posibilidad de influjo social alguno. Para propagar el evangelio se necesitaban hombres de raigambre en la tribu, que pudieran incidir en la vida social.

b) *Período de los catecumenados.* El segundo período comienza hacia 1880 y va hasta 1920. Con la repartición del territorio africano entre las distintas potencias europeas, cesó también el mercado de esclavos. Los misioneros penetraron entonces en el interior y se metieron en el corazón de la sociedad tribal. Se abandona el sistema de los poblados cristianos y se establece una red de catequistas y de catecumenados. El catequista era escogido entre aquéllos que te-

nían prestigio en su comunidad y que daban a la nueva religión todo el peso de su personalidad. Las comunidades nacientes se apoyaban, así, sobre una base más sólida. A su vez, los catecumenados preparaban a la conversión y daban una mentalidad cristiana.

c) *Período de las escuelas.* La instrucción elemental, que se impartía en los catecumenados y en las escuelas de los catequistas, atrajo hacia la misión grandes contingentes de personas. Se pensó entonces en transformar los catecumenados en escuelas primarias y las escuelas de los catequistas en escuela Normal. Los mismos gobiernos coloniales presionaron y ayudaron con medios económicos, a condición de poder dictar leyes y mantener la alta inspección de ellas. Comienza así la época de las escuelas.

Muchos vieron en ellas el gran medio de cristianización de África. De hecho el continente se cristianizó en la medida en que frecuentó las escuelas. Hasta fines de la segunda guerra mundial el 90% de los estudiantes africanos eran alumnos de las escuelas de los misioneros, ya católicas ya protestantes. Después de las escuelas primarias llegaron las secundarias y con ellas, las Congregaciones de Hermanos y Hermanas dedicados a la enseñanza.

La labor realizada en las escuelas en el plano de la promoción humana e incluso política, fue realmente meritorio. De ellas han salido buena parte de los dirigentes y técnicos de los nuevos países. Así lo reconocen ellos mismos. Kwame Nkrumah, que pasó por las escuelas católicas, declaraba en 1959: "Los que han despertado propiamente a este país son los misioneros. A sus desvelos y a su ayuda debo yo y todos los demás lo que somos". Y el entonces ministro-presidente del Camerún, C. Assale,

decía en 1960: "El papel de la educación en el sentido más profundo y genuino de la palabra lo han desempeñado los misioneros con tal magnitud, que yo, en mi nombre y en el de todo el gobierno, no puedo menos de rendirles el homenaje y la oración más sentida".

En cambio para la comunidad cristiana, en cuanto tal, el método de las escuelas trajo consigo grandes inconvenientes: en primer lugar, la entrada masiva en la Iglesia sin suficiente madurez en la fe, en contraposición a las comunidades vivas y fervorosas del período anterior; en segundo lugar, el hecho de que la mayoría de los que se hacían cristianos eran niños que no tenían ningún influjo en la sociedad africana. El catequista perdió su rango en la comunidad, para dar paso al maestro. A su vez, se siguió descuidando la formación del clero nativo y de cristianos responsables, que hicieran de las Iglesias locales auténticas Iglesias adultas.

Si el período de las escuelas contribuyó a la promoción cultural de Africa, no se puede decir otro tanto respecto a la creación de comunidades vivas. Muchos cristianos lo eran sólo nominalmente por no haber hecho nunca un verdadero catecumenado.

II. EL PRESENTE

Aún con la ambigüedad que esta última observación arroja sobre toda consideración numérica del cristianismo en Africa, es necesario decir que, gracias a los esfuerzos evangelizadores de sus misioneros, la Iglesia ha salido de una manera real y efectiva de las fronteras del mundo occidental, para convertirse en una sociedad intercontinental e interracial. Esto será aun más apreciable en el futuro, cuando el pensamiento y la vida africana se hayan introducido en

la teología y en las estructuras de la Iglesia. Pero, al mismo tiempo, es el gran número de cristianos y su crecimiento progresivo el que crea unos problemas tales, que exigen un replanteamiento a fondo de muchas de las estructuras actuales. El principal de ellos es la desproporción entre los animadores de comunidad y el continuo crecimiento de las masas de cristianos.

Escasez de ministros

Ya hemos señalado anteriormente que uno de los defectos de los métodos de los misioneros fue la falta de atención a la formación de una jerarquía nativa. Este no fue sólo un defecto de Africa, sino de las misiones en general. A ello no es ajena la curia romana, la cual, con su falta de flexibilidad, trató de imponer en todas las sociedades el mismo modelo de sacerdote occidental. De hecho, se han dedicado grandes esfuerzos de personal y medios económicos en la formación de sacerdotes, pero los resultados han sido poco alagüeños.

Actualmente las esperanzas no son mucho mayores. El promedio anual de nuevos sacerdotes en todos los países africanos dependientes de la Congregación para la evangelización de los Pueblos ha sido de 140 en la década que va de los años 60 a los 70. Casi la mitad de ese número mueren o dejan el sacerdocio cada año, por lo que el aumento numérico en casi toda Africa es de 80 sacerdotes por año. Y esto se consigue a costa de un alto precio de dinero y personal. Sólo en Uganda hay unos 80 sacerdotes dedicados a la labor de los seminarios. Y Uganda recibe, por término medio, doce sacerdotes al año.

Durante mucho tiempo se pensó que la cristiandad occidental da-

ría misioneros suficientes para cubrir todas las necesidades, y esa fue también una de las razones por las que se puso poco énfasis en la promoción del personal local. Hoy nadie puede alimentar semejante esperanza. Las vocaciones han descendido en algunos países tradicionalmente cristianos en más de un 50%. Al mismo tiempo hay un considerable número de misioneros entre los treinta y los cuarenta años, que se retiran. Así, mientras hasta los años setenta, el número de misioneros aumentó progresivamente, emparejado con el crecimiento de los cristianos, actualmente asistimos a un aumento continuo de la Iglesia y a un descenso brusco y acelerado del personal extranjero.

Crecimiento del número de cristianos

Parece a primera vista extraño que, disminuyendo el número de sacerdotes, aumente el número de cristianos. Ello es debido a un factor sumamente importante: la explosión demográfica. La sociedad africana está creciendo en un 30% anual. Si a esto añadimos la conversión de los adultos y adolescentes, nos encontramos con que el aumento anual de católicos es de un 6%. En el pasado ninguna Iglesia tuvo que hacer frente a un crecimiento de estas proporciones.

Consecuencias de la desproporción

La desproporción entre clero y fieles es mucho más patente en aquellos lugares en donde se dieron conversiones masivas en el pasado y que solían designarse con títulos como "perla de las misiones" y otros semejantes. En los lugares donde la evangelización comenzó más tarde o el número de conversiones fue relativamente pequeño, la crisis es menor. Gran número de diócesis se han visto

en la necesidad de cerrar parroquias o reducir el número de sacerdotes que trabajan en ellas... cada parroquia africana incluye varias iglesias distantes, cada una con su propia feligresía. Al disminuir los sacerdotes, disminuye también la posibilidad de visitarlas y muchos cristianos verán al sacerdote dos o tres veces al año. ¿Qué valoración podrán tener estos cristianos del ministerio sacerdotal y de la vida sacramental de la Iglesia? En Tanzania, hasta finales de los años 50, la mayoría de los cristianos pensaba que merecía la pena el celebrar su matrimonio por la Iglesia. Posteriormente esa convicción ha ido descendiendo. En 1949, entre 80.000 católicos de la diócesis de Morogoro, hubo 913 matrimonios por la Iglesia. En 1959, con 132.000 católicos, los matrimonios fueron 936. Diez años más tarde habían descendido a 494 en una población de 167.000 católicos.

El matrimonio por la Iglesia, es en este caso, sumamente representativo. Según la actual ley canónica, al no casarse por la Iglesia, quedan alejados de los demás sacramentos y el mismo matrimonio no se reconoce como válido. Pero ven tan pocas veces al sacerdote, que no consideran que merezca la pena hacer un esfuerzo para mantenerse dentro de la plena comunión.

Perspectivas hacia el futuro

Siempre es fácil señalar los puntos débiles de una situación y dar una diagnosis que resulte, al menos parcialmente verdadera. Ciertamente se podía hablar de otros ambientes misioneros que no presentan hoy problemas mayores. Viviendo en ciertas misiones se diría que todo va viento en popa. Pero aun éstas no tardarán en sentir el problema.

Lo que ya no resulta tan fácil es decir lo que se debe hacer y qué dirección tomar. De principio es necesario descartar dos actitudes, ambas sumamente nocivas. La primera sería minimizar el problema, ir tirando mientras se pueda y esperar imprudentemente un refloreCIMIENTO de las vocaciones misioneras. La segunda sería verlo exclusivamente como un mal que viene a entorpecer la buena marcha de las florecientes cristiandades africanas. Si se afronta con valentía, puede ser éste el momento providencial para un nuevo rumbo de la Iglesia. La misma disminución de vocaciones podría ser el punto de arranque para una Iglesia realmente africana, al menos en aquellas diócesis que cuentan con un mínimo de personal nativo.

En estos últimos años, sobre todo a partir de las independencias, Africa esta tratando de conseguir su propia identidad en todos los niveles: en el político, en el cultural, en el económico... También lo ha de ser en la estructura eclesial, y más profundamente, en la comprensión del cristianismo a partir de su propia cultura. Los Obispos de Africa son en su mayoría nativos, pero no lo es el clero que los respalda y las orientaciones pastorales son claramente europeas.

Nuevos tipos de sacerdocio

Durante todo este siglo los papas se han negado siempre a conceder para los territorios de misión, tanto de Africa como de otros lugares, un tipo de formación más breve y fácil para los sacerdotes. Ello fue un gran acierto en el contexto en el que era planteado, pues sólo estaba en el horizonte un modelo de sacerdote. En este contexto, un sacerdote formado

“por breve” sería un sacerdote disminuído, cuya única diferencia respecto a los demás sería la baja preparación cultural, pero no el estilo de vida.

Hoy entrevemos la posibilidad de otros modelos de sacerdocio que, si bien no están todavía en la realidad, están sí en el horizonte. Africa ha tenido durante todo este siglo una figura eclesial que no existía en Europa y que es la respuesta africana a sus propias necesidades. Esa figura ha sido el catequista. Sin su trabajo, a pesar de que la preparación de muchos era muy limitada, no se explicaría la gran difusión del cristianismo. Ellos han constituido el auténtico ministerio local en los núcleos rurales.

Si comparamos este ministerio rural de los catequistas con el ministerio de los sacerdotes de la Edad Media en Occidente, descubrimos un curioso paralelismo. En la Europa medieval no había seminarios. Algunos sacerdotes diocesanos estudiaban teología en las Universidades, pero la mayoría de ellos no frecuentaba cursos regulares. Su formación la recibían al lado de algún párroco, con el que convivían algunos años. Estos sacerdotes no predicaban casi nunca. Decían misa, administraban sacramentos y ejercían algunos cuidados pastorales.

No cabe duda que hay afinidades entre una y otra figura. Y sin embargo su trabajo es completamente diverso. El sacerdote medieval decía misa y no predicaba; el catequista africano predica, explica la palabra de Dios, ejerce algunos cuidados pastorales y, en cambio, le está completamente vedado el celebrar la misa. Ninguna situación es ideal, pero la variación que ha tenido lugar muestra cuán distintas pueden ser, a tra-

vés de la historia, las valoraciones de la Iglesia.

La imagen de la Iglesia católica que traza el Vaticano II es una imagen sacramental. Cada comunidad eclesial vive centrada en torno a la Eucaristía, que es el ápice de la participación en el misterio salvador de Cristo. ¿Cómo podrá vivir en torno a la Eucaristía una comunidad que recibe la visita del sacerdote dos o tres veces al año? ¿Cómo es posible que aquél que es capaz de explicar la Biblia, de hacerles presente la palabra de Dios, no lo sea de presidir la Eucaristía? El ministro local regular de la Palabra debería ser el ministro local normal de los sacramentos.

Es evidente que este tipo de sacerdote no clericalizado realizaría una labor limitada. Requiere una vivificación y una animación que han de llevar a cabo otros sacerdotes bien preparados intelectual y pastoralmente y dedicados por completo a la tarea de la animación. Por eso los seminarios deben continuar. Africa necesita sacerdotes intelectualmente bien preparados.

Presencia de los misioneros extranjeros

La presencia del misionero extranjero sigue siendo hoy absolutamente necesaria. Si bien hay diócesis e incluso naciones que cuentan con algo que podría llamarse una "situación de cristianidad", está todavía más de la mitad del continente africano que espera oír por primera vez el mensaje de Salud. "¿Y cómo —dirá Pablo— creerán en aquél de quien no oyeron hablar? ¿Y cómo oirán, si no hay quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?" (Rm 10,14). El mandato de Cristo urge por encima de color,

lengua y nación. La Iglesia está marcada por la irrenunciabilidad a la predicación del Mensaje.

En las mismas diócesis donde existe una jerarquía nativa, ésta no es, generalmente, tan suficiente como para hacer frente a las necesidades del momento. Además la presencia del misionero es signo de la universalidad de la Iglesia y fuente de enriquecimiento mutuo, siempre que él sepa adoptar una actitud de servicio.

Esta actitud es fundamental. Al misionero que trabaja al lado de la jerarquía nativa, y hoy lo son la mayoría, se le pide una renuncia quizá más fuerte que las impuestas por la separación familiar o las dificultades climáticas: la renuncia a muchos de sus propios criterios. Es necesario que desaparezca un tipo de misionero, aquél que enseñaba "su" moral, "sus" dogmas, "su" teología, e incluso "su" propio modo de vivir; aquél que, desde su aureola de blanco, de sabio y de héroe, se sentía tan dueño de la situación como para ordenar y desordenar a su antojo.

El misionero ha de colaborar con las Iglesias locales no según él quiere, sino según ellas quieren. El puede dar su opinión, pero han de ser ellas las que encuentren su propio modo de vivir el cristianismo; él no es quién para imponer prisas y cambios. Hoy, especialmente tiene que convencerse de que no es más que un auxiliar provisional que, en cualquier momento puede convertirse en innecesario. Lo expresaba de una manera cruda el Cardenal Malula, hablando a unos sacerdotes belgas que trabajaban en su diócesis: "Os quedáis aquí porque os necesito; cuando no os necesite, os marcharéis". Frase dura, pero que expresa bien el sacrificio que se exige a la actual generación de misioneros.

Cierto que pueden existir momentos en que las diferencias de opinión parecen poner en juego los valores que uno considera irrenunciables y esenciales en la propia interpretación de la vida, de los hombres y del Evangelio. Son momentos difíciles en los que se puede imponer una resistencia o una retirada. Pero esos momentos son, sin duda, raros y su frecuente repetición indicaría más bien falta de diálogo y de comprensión que diferencia de opinión.

Revisión de métodos

Es frecuente plantear el problema del método misional bajo el binomio: evangelización o desarrollo. Ya Pablo VI lo planteaba en estos términos en el mensaje del *Domund* de 1970 y 1971. Teóricamente es fácil de resolver el problema, ya que ambas actividades no se oponen, sino que se complementan. Una Iglesia dedicada y preocupada exclusivamente por el progreso humano, sin una orientación trascendente explícitamente confesada, deja de tener su propia identidad; deja de ser personificación del Dios Salvador en la Historia y se convierte en una sociedad benéfica más. Ya Kierkegaard decía con cierta ironía en uno de sus diarios: "Es lo mismo lo humano que lo cristiano; es el lema de hoy. Eso es lo mismo que decir que el cristianismo ha pasado de moda". No siempre algunos sectores de la Iglesia han sido ajenos a este horizontalismo. La formulación extrema la encontramos en las palabras del P. R. Hoffmann: "La época del apostolado ha llegado a su fin: sus fines y objetivos no son válidos ni justificables. El cristianismo fue el que formó y revolucionó tiempos atrás el mundo de Occidente. Existió también la época en que

la actividad misional cristiana era la causa principal del cambio y del progreso para el mundo no occidental. Pero eso ya pasó. Ahora es la ciencia, la técnica la que ha tomado el puesto del misionero para llevar a cabo ese progreso de evolución, hasta hace poco feudo exclusivo de la Iglesia y de su actividad misionera... Como ya está pasada de moda la idea del colonialismo, así también lo están, tanto la misma actividad misionera de la Iglesia como los propios fines de su actividad".

Tampoco es admisible una acción misionera de la Iglesia insensible a las necesidades y aspiraciones de los pueblos. El amor de Dios se hace comprensible a través del lenguaje de la Iglesia. Esta tiene que ir al encuentro del hombre en la situación en que se halla para librarlo de todas las esclavitudes, desde la esclavitud de la miseria física, hasta la de su propio egoísmo y pecado.

Pero si en el plano teórico es fácil solucionar el dilema, no siempre en la práctica se sabe dar con la actitud justa. Sin una filosofía demasiado explícita acerca de la promoción integral de la persona, la Iglesia no ha olvidado nunca el hacer realidad el capítulo 25 de Mateo y las recomendaciones de Santiago, de Juan y de Pablo. No se puede acusar a las misiones de ningún tiempo de haber olvidado la caridad. Probablemente sean las muchas iniciativas en este campo las que necesitan una revisión. El cristianismo ha hecho del amor el primer mandamiento. Y ese amor es un amor concreto, atento a todas y cada una de las necesidades del hombre. Por fuerza de su dinamismo, el cristianismo, si es auténtico, debe desencadenar la actividad y la promoción humana. Cuando las necesidades lo aconsejen, la mis-

ma Iglesia debe crear los medios de promoción y las instituciones benéficas. Así lo ha hecho y así tendrá que hacerlo en muchos lugares. Pero esas instituciones han de estar sometidas a constante revisión, para que no se conviertan en un estorbo, para que no fomenten la pasividad en vez de servir de estímulo.

Las misiones de Africa, con sus grandes complejos benéficos, creados y mantenidos exclusivamente con las aportaciones venidas de Europa y sin la contribución y responsabilización de los africanos hacen que la Iglesia aparezca más como una sociedad poderosa y bien organizada, que como la levadura de un orden nuevo por el que ha de luchar todo hombre que abraza la fe.

Actualmente las naciones africanas se están abriendo al progreso. Muchas ya están en condiciones de ir asumiendo ciertas funciones que antes desempeñaban los misioneros: escuelas, hospitales... La Iglesia no puede ver en ello una competencia, sino todo lo contrario: su liberación para dedicarse a una tarea que le es más propia. Ha de quedar libre para una función crítica. Por una parte tiene que promover el progreso técnico, económico y cultural. Por otra, ha de estar alerta para que el hombre no sea víctima de su mismo progreso, para que no lo utilice para su propia destrucción. La Iglesia tiene que proclamar que el progreso puramente humano no es un valor absoluto, que ninguna creación de las manos del hombre puede salvar al hombre y sacarlo de su propia indigencia. Los profetas recriminaban al pueblo de Israel porque acudía a los ídolos. La Iglesia ha de ejercer también su función profética cuando los hombres idolatran palabras tan mágicas como: progre-

so, dólares, renta per cápita... Y lo ha de hacer no tanto condenando, cuanto señalando positivamente de dónde puede venir la auténtica salvación. ¿Acaso ella no es portadora de la Buena Noticia? ¿Acaso no tiene algo importante que decir? ¿Cómo puede dejar de evangelizar sin ser infiel a su misión?

Una Iglesia signo

Francisco Javier, los grandes misioneros del siglo XIX y también del XX eran empujados a la evangelización por la convicción de que todos aquellos que no recibían el bautismo, no podían salvarse. Comboni decía que "quería arrancar de las garras del demonio a la infeliz Nigrizia", con lo cual no hacía más que reflejar la convicción de buena parte de la teología católica. Por el contrario, la urgencia de Pablo tenía un carácter más positivo: "La caridad nos urge". Le urge, porque ha sido testigo de la bondad y benignidad de Dios, "que nos salvó y nos llamó por vocación santa, no según nuestras obras, sino según su propia determinación... y que se manifestó ahora por la aparición de Nuestro salvador Cristo Jesús, que destruyó la muerte e irradió la luz de la vida e inmortalidad por medio del Evangelio" (2 Tim 1,9-10)". Pablo predica, no con la conciencia de quien está evitando un mal, sino de quien está llevando un bien a su plenitud. La bondad de Dios ha estado siempre velando sobre el hombre y en el momento oportuno se manifestó. El momento oportuno es distinto para cada individuo y para cada pueblo. El misionero "va prolongando", va haciendo vigente la manifestación realizada en Cristo de una vez por todas.

El Vaticano II ha precisado el alcance de la frase "extra ecclesiam nulla salus" en un sentido mucho más optimista que el de la vieja teología. "No podrán salvarse aquellos que, conociendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Cristo como necesaria, se negase sin embargo a entrar o perseverar en ella" (AG 7). Algunos han pensado entonces que la razón de ser de las misiones había desaparecido. ¿Para qué inquietar a aquellos que, estando de buena fe en sus propias creencias, pueden salvarse igualmente? El mismo Concilio responde: "Aunque Dios, por los caminos que El sabe, puede traer a la fe, sin la cual es imposible complacerle, a los hombres que sin culpa propia desconocen el evangelio, incumbe, sin embargo, a la Iglesia la necesidad, a la vez que el derecho sagrado de evangelizar en consecuencia, la actividad misionera conserva íntegra, hoy como siempre, su fuerza y su necesidad" (AG 7).

La nueva orientación teológica y magisterial permite al misionero trabajar en la evangelización sin angustias y sin prisas malsanas y, a su vez, proyecta una luz nueva sobre la esencia de la Iglesia y su función en el mundo, de la que no se ha sacado todavía las últimas consecuencias. W. Frazier, para expresar el cambio en el concepto de Iglesia que ha tenido lugar en el Vaticano II, usa dos imágenes: la de Fortaleza y la de Signo. La Iglesia preconiliar se refleja a sí misma como una fortaleza. Fortaleza es un refugio en el campo enemigo; trata de atraer a los hombres hacia sí, para cuidarlos y protegerlos. La misión de la Iglesia consiste en esforzarse por cobijar al mayor número posible. La Iglesia fortaleza está siempre preocupada por las estadísticas y

considera un fracaso el que las conversiones no crezcan de manera continua. Una Iglesia fortaleza no cree que pueda haber mucho bien y mucha verdad en la cultura y en la religión de los pueblos que evangeliza, pues no descubre allí la presencia salvadora del Espíritu.

La Iglesia del Concilio, en cambio, se llama a sí misma "signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de todo el género humano" (LG 1). "El signo —dice Frazier— hace referencia a algo que está fuera de él; es una simple y humilde imagen. Al contrario, la fortaleza es majestuosa. El signo es servicio, la fortaleza es separación. El signo es cooperación, la fortaleza es lucha. La fortaleza encuentra en sí todo lo necesario, el signo nos invita a algo que no es él, a algo que está fuera de él y en donde está la realidad".

La preocupación primaria de la Iglesia signo es la de llevar su servicio de amor a los hombres, no como un cebo que atraiga al bautismo, sino como un testimonio de la presencia en el mundo del amor salvífico de Dios. No es que sea indiferente al número de las conversiones, pero las estadísticas ocupan un lugar secundario.

Karl Rahner hablaba hace tiempo de los futuros creyentes como miembros de un pequeño grupo en diáspora, en medio de una gran masa de no cristianos. No creo que la Iglesia católica tenga que verse a sí misma como una pequeña secta, y que tenga que plantear sus estructuras de acuerdo con esto. De hecho la Iglesia ha crecido casi de manera continua desde su nacimiento. Tampoco nos debemos dejar llevar por el espejismo del "pocos pero buenos", lema de todas las herejías de espiritualistas y cáta-ros. La Iglesia será siempre una

comunidad peregrinante, que alberga en sí al que ha triunfado con la gracia y al que se debate entre el sí y el no al Amor. Pero hoy la Iglesia, tanto en Africa como en cualquier otra parte, será signo levantado entre las naciones, no si llega a ser la confesión religiosa que aventaje a todas las de-

más en prestigio y número de adeptos, sino si sus miembros han realizado una auténtica conversión, si hacen presente en todas las actividades el amor salvífico de Dios y si saben reflejar en sus vidas la alegría de la Buena Nueva. A conseguir esto deben ir encaminados los esfuerzos del misionero.

BIBLIOGRAFIA

- BARTOLUCCI, E.: *La Iglesia en Africa*. Ed. Mundo Negro. Madrid 1964.
- BUHLMANN, W.: *Africa, su pasado, su presente y su porvenir*. Ed. Herder. Barcelona 1964.
- COMBLIN, J.: *Actualidad de la teología de la misión*, Seminarios (mayo-agosto 1973)
- GONZALEZ, F.: *Africa, itinerario de una misión y nacimiento de una Iglesia*, Mundo Negro núm. 145 (mayo 1973).
- HASTINGS, A.: *Cuestionamiento y reestructuración de los ministerios en la Iglesia a partir de las exigencias vitales de la Iglesia africana*, Misiones extranjeras núm. 14 (marzo-abril 1973).
- JOINET, B.: *Soy un extranjero en la casa de mi padre*. Misiones extranjeras números 10-11 (julio-octubre 1972).
- VAN BRAGT, J.: *Algunos puntos de vista sobre el ideal misionero*, Misiones extranjeras núms. 10-11 (Julio-octubre 1972).